

LOS LIBROS

LA DECADENCIA DE LA HISTORIA EN CHILE. ANATOMÍA DE BARROS
ARANA, por *Alone*

Un tiempo la Historia dominó en el campo de la literatura chilena hasta ahogar todos los otros géneros. La poesía, la novela, el drama se veían raquíticos junto el frondoso árbol histórico, mejor dicho, se perdían en la selva opulenta y respetable formada por los eruditos y los investigadores del pasado. Esa vegetación documental se elevó a tanta altura que descolló en América y fué admirada desde Europa, como el signo clásico de la República de Chile. Eramos un país enamorado de sí mismo, que se examinaba al microscopio y no cesaba de pesarse, contarse y medirse. Se identificó esa actitud con el sentimiento patrio, con el valor de nuestros soldados y la honradez política, hecha de abnegación y pobreza voluntaria. Llegó a formar la carne de nuestra carne y los huesos de nuestros huesos.

De pronto, aquello cambió.

La planta histórica comenzó a palidecer y amarillear. Quedaban algunos gigantes antiguos en el terreno raleado, pero no nacían otros nuevos, mientras una abundante floración artística iba brotando, apresuradamente y el campo que los historiadores, graves personajes, ocuparon casi totalmente, se cubría de novelistas, cuentistas, poetas y ensayistas de todos tamaños, algunos tan considerables que desbordaron de la tierra natal y extendieron sus brazos al extranjero. ¿Notaremos que esta expresión

de lujo del espíritu coincidió con la riqueza material traída por la guerra, con el gusto por la suntuosidad decorativa en los edificios y los trajes, con la decadencia de la moral política y el desquiciamiento del orden antiguo? Por doloroso que resulte para quien ama la belleza y celebra su advenimiento, el paralelo se impone y no hay manera de evitarlo. Debe de haber ahí una relación oculta. Preferimos no desentrañarla...

Anotemos el hecho: la decadencia del género histórico en Chile.

Y veamos cómo se lo explica don Francisco A. Encina, el penetrante analizador de «Portales», y qué teorías audaces y agudas lanza a través de ese fenómeno innegable.

Junto con Spengler o después de Spengler—poco importa el caso—el señor Encina piensa que los países como las escuelas literarias nacen, crecen, tienen su infancia, su juventud, su madurez y su ancianidad, para debilitarse y morir, igual que los seres humanos.

En el accidente sobrevenido a la literatura histórica chilena, puntos al que reduciremos nuestra atención, después de apartar los elementos accesorios, concreta su examen a una figura particular, eminente y simbólica, y le atribuye tanta gloria en la grandeza como responsabilidad en el fatal empequeñecimiento subsiguiente. A juicio de don Francisco Encina, Barros Arana, su carácter, su origen racial, su potencia y sus límites, pueden darnos la clave o una clave importantísima del problema histórico en cuyo centro actúa. Y a fin de esclarecerlo, consagra todo un capítulo de su obra (1) a retratar al personaje.

Gran retrato.

Podrán discutírsele muchas condiciones al autor de «La Literatura Histórica Chilena y el Concepto Actual de la Historia», podrán reprochársele excesos de sutileza y atrevimiento

(1) La literatura histórica chilena y el concepto actual de la Historia —(Imp. Nascimento, 1935).

en la aplicación de sus teorías etnológicas y una creencia simplista, demasiado grande, en el influjo de las corrientes sanguíneas, a través de los siglos; nadie le negará de buena fe su percepción psicológica, la destreza con que desteje íntimos procesos intelectuales y morales y su maestría de hábil relojero para desmontar a nuestros ojos complejas maquinarias, revelándonos, pieza por pieza, resortes, engranajes, volantes, pesos y contrapesos, hasta tocar el pelillo invisible que retarda o acelera el movimiento y determina el ritmo general del aparato.

Para nosotros, esto, en Chile, es nuevo, raro y precioso y aun desde el simple punto de vista literario o novelesco debería bastar para llamar la atención hacia el señor Encina y atraerle abundancia de lectores.

Sus libros son ricos de ideas y siempre dejan algo.

Miremos su imagen de Barros Arana, nuestro historiador máximo, ya sentado en bronce a la diestra de la Biblioteca Nacional.

Tal como Chile, esa larga y angosta faja de hombre, sin gracia corporal, recibió un territorio árido, pedregoso, de montaña seca, pero su paciencia, su honradez, su buen sentido de administrador lograron arrancarle un rendimiento que no consiguieron individuos a quienes la naturaleza dotó con magnificencia ni países de tropical fecundidad. Fué un estudiante opaco y nunca tuvo viveza ni brillo de imaginación. Caminaba lentamente por donde otros corrían. Tuvo una característica central, una «facultad matriz», dominante hasta absorberlo: la sensatez, el buen sentido vasco. Todo equilibrio, término medio, nunca se excedía hacia ningún extremo. «El pensamiento de Cicerón— escribe el señor Encina, pág. 47— con que cerró el prólogo de su último libro, «Un Decenio de la Historia de Chile», en los originales está escrito sobre el dorso de la papeleta bancaria en que se le comunicaba el moderado saldo al haber de su cuenta corriente en ese día».

El retratista conoció de cerca al modelo, le ayudó en sus tra-

bajos y puede citar, para pintarlo, esos «pequeños hechos significativos» que iluminan la historia con la luz de la anécdota.

Nada recuerda en Don Diego la intuición fulgurante y disparceja de Vicuña Mackenna, derrochador magnífico, desencadenado; tampoco la ironía lapidaria de don Crescente Errázuriz ni esa visión del ridículo que mostraba al prelado, entre sus contemporáneos, «un desfile de mentecatos, chiflados y locos»; su limitación lo ponía bajo una bóveda de acero, sólida y sin ventana.

Hermano del sentido común, el sentido moral, práctico inmediato, utilizable, guía el desarrollo de su pensamiento y lo conduce hacia un fin concreto, bien visible. No se concibe que alguna vez soñara. Tampoco pensaba directamente los hechos ni tenía dudas o inquietudes espirituales. El más allá, el destino, todos los delirios como todos los tormentos del alma quedaban fuera de la bóveda. Sabía que la vida era seria y que el trabajo constante en una obra útil por medios justos la dignificaba; pero nunca pareció preguntarse para qué servía todo aquéllo al fin de cuentas. Los documentos, examinados honradamente, le decían la verdad material de los hechos; los libros de sus filósofos, los enciclopedistas del siglo XVIII, con Voltaire a la cabeza, lo proveían suficientemente de ideas. Y nunca violentaba o interpretaba a su arbitrio los unos ni se salía de las normas trazadas por los otros. La historia suele ser indecente y frenética y entre los dioses hay toda clase de escándalos. Don Diego los reducía al tamaño de su criterio, de su buen sentido, de su honradez, recortando metódicamente las figuras hasta encuadrarlas en el marco que convenía a su concepto moral. Siendo el pasado una lección que el presente escucha «debe destacarse en ella—pág. 61— un grupo predominante de hombres intelectual y moralmente superiores, espejo de todas las virtudes cívicas y privadas; y como la realidad histórica, por desgracia, no los da hechos, el historiador tiene el deber de fabricarlos, sin mentir. Basta relegar al claroscuro las fallas. Una comparsa menor de réprobos

debe ser objeto de los juicios severos del historiador; pero sin faltar a la dignidad en la censura ni a la decencia en la narración de la conducta de los personajes. Don Ambrosio O'Higgins, Martínez de Rosas, don Bernardo O'Higgins, San Martín, Cienfuegos, Zenteno, Pinto, Bulnes, etc. le suministraron el material para la elaboración de los personajes ejemplares; el gobernador Meneses, San Bruno, García Carrasco, Carrera, Monteagudo, etc. se lo suministraron para la de los réprobos. En el medio quedaron flotando en el vacío los caracteres complejos, grandes o pequeños, que su falta de agudeza psicológica no podía clasificar: Portales, Manuel Rodríguez, Irisarri etc. Los hombres corrientes, Prieto, Tocornal etc. forman una masa poco diferenciada, y los midió teniendo siempre muy en cuenta su religiosidad y su concepto de la enseñanza. Con los que tuvo cuentas pendientes, Montt, Errázuriz Zañartu, Santa María y Balmaceda dejando a un lado a los pequeños, el juicio se tornó imposible. Pero a diferencia de Vicuña Mackenna, tuvo la cordura de no introducir sus desahogos en la historia». Jamás advirtió que así la historia se tornaba a menudo ininteligible. Dice el señor Encina —(quien, notémoslo de paso, hállese en el polo opuesto de Barros Arana y por lo mismo lo esculpe con tanto relieve)—que tuvo una vez la mala idea de observarle a don Diego cómo la disimulación de la tardanza mental de O'Higgins y la incapacidad política del general Pinto obscurecía los sucesos históricos de 1820 a 1830. ¡Nunca lo hiciera! Por primera vez salió de sus casillas el grande historiador y, tras un chaparrón cerrado, declaró desde lo más profundo de su alma:

—Si la historia no nos ofrece hombres modelos, es deber del historiador hacerlos. Son pocos los que buscan la inteligencia de la historia y muchos los que reciben las lecciones que ella da.

Habló ahí el intérprete de Chile viejo. Espíritu práctico, moralidad intransigente, limitación al área inmediatamente visible.

Y vigoroso había de ser en Barros Arana el imperativo moral

para que consiguiera refrenar el impulso de las pasiones personales; porque era hombre no sólo vehemente, sino violentísimo, fanático. En este aspecto de su carácter, el testimonio de don Francisco A. Encina adquiere valor de documento; porque no solamente conoció a don Diego y lo trató desde muy cerca, sino que lo admira en cuanto tiene de admirable y le rinde cumplida justicia. Hasta ahora nadie había dicho con tanta franqueza y tanta imparcialidad las verdaderas condiciones del historiador, el maestro y el hombre privado, a quien unos exaltan como amigos y partidarios incondicionales y otros han querido deprimir con la saña de los enemigos y combatientes políticos o religiosos. Por primera vez un biógrafo lo mira desde lo alto y lo abarca totalmente: «No conocemos—escribe, pág. 54—otro escritor « que haya luchado con más denuedo contra sus disposiciones « sentimentales. Cuando se le oía expresarse de las ideas y los « hombres odiados, parecía imposible que de su pluma pudiera « brotar otra cosa que los capítulos que escribió en el «Cuadro « Histórico de la Administración Montt». Reaccionaba, sin embargo, contra sus sentimientos con «una energía sencillamente admirable». Hay algo de ascético en esta virtud de la templanza histórica y una especie de serenidad mística realza la figura del que tanto luchó contra toda clase de misticismo. El tenía los suyos: el misticismo de la cultura, el misticismo de la enseñanza y el de la antirreligiosidad... Veía el mundo con los ojos de Voltaire, un Voltaire reducido pero de buena fe por la reducción misma. Creía que los frailes hacen daño, encarnaba en ellos la retrogradación hacia la ignorancia primitiva, hacia la noche de la Edad Media y siempre estaba rechazándolos como posibles y aun inminentes tiranos capaces de apagar las luces y oprimir las almas. Creía en los beneficios incondicionales de la libertad que hace progresar la cultura, saca a los pueblos de la superstición y los conduce hacia la dicha. El cientismo del siglo XIX tenía en él una de sus expresiones más cerradas, estrechas y caricaturescamente típicas y varias generaciones de estudiantes chilenos, llamados después

a la dirección política, bebieron ese licor fuerte y concentrado, hasta embriagarse. ¿De dónde provenía? «Los que conocieron
« joven a Barros Arana —dice su biógrafo— coinciden en afirmar
« que su volterianismo fué, primitivamente, el de Portales, con
« menos gracia y sin el sentido humano que la ausencia de es-
« píritu libresco le imprimió en el gran ministro. El fanatismo
« antirreligioso habría sido la resultante secundaria de los ataques
« de que lo hicieron blanco el fanatismo religioso y los preju-
« cios de la época. El aserto calza con su estructura mental y
« con su temperamento. Pero habría que añadir que se convir-
« tió en una segunda naturaleza. A lo menos, cuando lo conoci-
« mos, hacia 1892, su sectarismo distaba mucho de revestir el
« carácter de lo accidental y postizo». La semilla enciclopédica
del siglo XVIII, ese fermento que hizo estallar la Revolución
Francesa y cambió el panorama del mundo, comprimido y cul-
tivado a la vez por el medio ambiente de Chile, explican, hasta
donde admiten explicación tales fenómenos, la adoración de Ba-
rros Arana por la cultura intelectual de tipo laico y su odio a los
creyentes católicos, reverso de aquella adoración. Si nos ponemos
en su época y revivimos sus problemas, acaso no nos sintamos
inclinados a condenarlo tan sin apelación como a primera vista
querríamos, dentro de la época actual y frente a los problemas
contemporáneos, que no existían entonces, como han desapare-
cido hoy día los de ese tiempo.

Leímos, años atrás, casi todos los volúmenes de la «Historia
General de Chile» por don Diego Barros Arana y nos quedó la
impresión de un grande espacio plano, sereno, parejo por don-
de pasaba una corriente poderosa e indistinta, que se imponía
como una gran dignidad de la naturaleza. Ni una burbuja que
brillara en la extensión inmensa, ni un árbol, ni la menor floreci-
lla flotante; la monotonía sin término parecía destinada a cau-
sar un aburrimiento ilimitado. Y no era así. Aquello se leía, se
dejaba leer sin esfuerzo, casi con una especie de austero agrado,
como se oyen ciertas músicas religiosas en que las voces suben

y bajan a un compás uniforme, destinado a dejar libre el pensamiento para abrirlo a una contemplación ultraterrena. Pasar de los capítulos que sucedían a los capítulos y de los libros encadenados a los libros a las páginas saltonas, trepidantes, dinámicas y destartaladas de Vicuña Mackenna constituía un verdadero sufrimiento, una especie de violento y desagradable despertar.

Sin embargo, Vicuña Mackenna le sobra el talento; a don Diego le falta indiscutiblemente...

¿Qué misterio había?

Hemos pensado siempre que el principal personaje de toda obra, aun la más objetiva, lo constituye el propio autor y que ahí, no en otra parte, debe buscarse el secreto de su vida y de su muerte.

Don Diego constituía para nosotros un enigma.

El análisis de su temperamento que practica el señor Encina contribuye en gran parte a descifrarlo. Lo que atrae y retiene en el historiador de Chile es la honradez, la paciencia, el buen sentido, la moderación intelectual y moral; nos sentimos bien junto a ese hombre que, en su limitación, era bueno y veraz hasta el fondo. Don Diego ofrece el caso extraordinario de un escritor que se forjó casi en contra de la naturaleza, desafiando al destino que no le proporcionaba los elementos necesarios. Quiso ser escritor y lo fué. Al principio le faltaban ideas; el mundo no le mostraba sus relaciones ocultas, sus lazos generales y misteriosos. Aprendió a adaptar a su cerebro las ideas ajenas y se proveyó de un sistema tan claro como sencillo, aplicable a todos los casos. Después vió que le fallaba el estilo que le salía enredado y fatigoso, inferior al del más mediano periodista. Ejercitándose en traducciones del francés y haciendo ensayos continuos, tesoneros, logró una prosa, no elegante, ni pintoresca, ni amena, pero sencilla, mejor dicho, simple, desprovista de adornos, bien coordinada, sólida y, en resumidas cuentas, de buen gusto. Para lo demás, para la construcción del gran monumento a que consagraría su existencia, ahí estaban los papeles, las mon-

tañas de papeles impresos con toda la documentación chilena y americana. Una situación económica holgada, la falta de tentaciones vivas o la energía suficiente para resistirlas, su ambición canalizada estrechamente por un solo lado, hicieron el resto y, así, por obra y gracia de la santa paciencia, un hombre aparentemente hecho para la obscuridad mediocre se alzó hasta las cumbres de la fama y ha quedado como las mayores figuras del siglo en su patria, maestro escuchadísimo, de incalculable influencia y prócer histórico, digno del bronce.

Maravillosa lección, caso en que el gran valor moral se trasmuta en gran valor intelectual.

¿Deduciremos de aquí una humillación de los talentos espontáneos?

Bastante flexible de inteligencia para ver a un tiempo la tesis y la antítesis, el anverso brillante y el reverso opaco, don Francisco A. Encina, después de celebrar y reconocer, generosamente, el triunfo del historiador, o sea la rebeldía victoriosa de un hombre contra las visibles intenciones de la Naturaleza, vuelve el retrato al revés y nos muestra sus fallas, sus vacíos tristes. Dice, pág. 65, que esa larga batalla, esa lucha tenaz contra sus predisposiciones «acabó por forjar a macha martillo un pensador sin ideas y un maestro de bellas letras privado de imaginación y sensibilidad para la percepción de la belleza; una especie de genio del sentido común canalizado hacia la historia». Hay que ser cruel para ser exacto. Y completo. Barros Arana se divisa enorme en un aspecto. Su libro capital—pág. 68—«es un oasis « en la literatura histórica hispanoamericana, por lo general apasionada y declamatoria hasta tornar un verdadero martirio « su lectura». Deben tributársele toda clase de alabanzas por su dignidad, su solidez, su ponderación. Desgraciadamente, las conquistas de la pertinacia tienen un límite y don Diego se estrelló contra la incapacidad evocadora, contra su falta absoluta de percepción psicológica. Es gris. No sabe distinguir ni sintetizar; aspira a decirlo todo; no se traslada a las épocas pretéritas, por-

que ignora su alma. «En vez de asociarse a las preocupaciones, intereses y sentimientos del pasado y sentirlos artísticamente, « mata la vida en los hombres y en los sucesos—pág. 70—erigiéndose en juez y midiéndolos con una vara que ellos no conocieron « y que nosotros ya sólo vislumbramos entre nieblas: la del enciclopedismo del siglo XVIII. Las sombras se turban y en vez « de virar hacia el pasado y recobrar la colocación que en él tuvieron, se encaminan en tropel hacia el presente». Los personajes históricos no se diferencian unos de otros y acaban por formar una masa disuelta. No era artista. He ahí el pecado sin remisión. Todo puede forjarse a fuerza de paciencia, menos la pequeña llave que abre la puerta del mundo invisible. Quien no la ha recibido al nacer, perpetuamente se quedará golpeando. Nadie de adentro responde. La sensatez, la cordura, la decencia, el buen sentido razonable no sirven. Uno siente que algo falta en la historia de don Diego. El mismo parece, de cuando en cuando, percibirlo y se detiene, hace resúmenes, consideraciones generales. Nada. «Su insensibilidad artística—pág. 72—sólo hace paréntesis para dar cabida a la sequedad castellano-vasca. Todo « se redondea y achata: los inviernos pierden su crudeza; la vida « que renace con la primavera se hiela en las yemas; las tempestades se desvanecen antes de tocar la tierra; los arranques del « orgullo y del odio, los extravíos y las intuiciones geniales se « reducen a actos corrientes: O'Higgins, Carrera, San Martín, « Manuel Rodríguez, Monteagudo, Zenteno, Cochrane, Blanco, « Pinto, Portales, Prieto y Bulnes, tan enérgicamente individualizados, desfilan envueltos en una amplia capa de lugares « comunes...». El concepto moralizador de la historia por una parte, la incapacidad psicológica por otra se juntan para producir el mismo fracaso. El señor Encina, que se halla tan lejos de caer en los defectos de Barros Arana y a quien algunos reprochan ásperamente la falta de sus virtudes, acentúa al pintarlo la nota colorista y hace bien; porque era necesario para sacudir el ambiente y sacarnos del círculo de hierro trazado por el maestro.

Su Historia General, con toda su grandeza, es una historia muerta, un ordenado cementerio: «La acabamos de leer por tercera
« vez—pág. 67. Y en cada lectura se nos dibuja con mayor pre-
« cisión la imagen de don Diego, informe y gigantesco esqueleto
« con gorra y zapatillas, inclinada sobre el hombro la cabeza que
« el cuello no alcanza a sostener, persiguiendo metódicamente,
« a través de un espeso matorral, la imagen del pasado». Había que decir esto no sólo para equilibrar los platillos, sino también para explicarse el ascenso y el descenso del género histórico en Chile.

La admiración momificó a don Diego; su obra momificó nuestra historia. Volvamos al concepto spengleriano: «La forma preliminar de que hablaba Barros Arana—pág. 42—o sea la
« que cuenta ordenadamente los resultados materiales de la in-
« vestigación (el sistema documental, apegado a la letra que los
« chilenos practican)—germinó, creció, fructificó y se agostó.
« Pero en vez de convertirse en mantillo y nutrir la forma que
« debe superarla, se embalsamó, formó una costra dura, pétrea,
« que los brotes tiernos no pueden romper de adentro hacia afue-
« ra y que ninguna raicilla puede horadar de afuera hacia aden-
« tro». He ahí el mal que nos ha hecho don Diego o, mejor dicho, que nos han hecho los admiradores incondicionales de don Diego. La vida no puede brotar del cadáver petrificado. El documento, como el grano evangélico, tiene que morir y desaparecer para que la planta salga a luz y dé nuevos frutos y nuevas flores. Si el hijo no mata al padre, no es buen hijo y muere víctima del padre. Don Francisco Encina se resuelve a ser buen hijo de don Diego y lo culpa de la estagnación del género histórico en Chile, le hunde una y otra vez el puñal en el pecho para que nos deje vivir... Se han quejado algunos. ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo, siquiera, sorprenderse? Por nuestra parte, aun reconociéndole a Barros Arana su gran deuda de gratitud, nos resignamos y sólo pondríamos por condición al señor Encina que no se detuviera en el asesinato y practicara, en seguida, el robo: ahora está más obligado que

nunca, para demostrarnos su tesis, a escribir la Historia de Chile y reemplazar la figura del historiador pretérito por otra figura.—

ALONE.

MARIANO LATORRE Y «ON PANTA»

Parece haber sido un fenómeno general de la literatura de postguerra el descenso de calidad e importancia del realismo y el auge formidable de la lírica puramente subjetiva e individualista; ha sido este un período de corta duración a pesar de todo, y la captación objetiva de los hombres y las cosas han terminado por imponerse. El artista con una intuición profunda de la vida adhiere a sus creaciones los hechos de su tiempo y los interpreta en su valor social; la realidad más que nunca brumosa y problemática llega a ser en cierto instante demasiado extensa y se escapa a una visión inconsciente y entonces es lógico que se prefiera derivar las inquietudes en una falsa literatura, carente de consistencia humana. Al fin, sólo un trastorno profundo de las circunstancias reales nos saca de la ficción y de lo artificioso para alojar de nuevo en el arte una vida llena de acción y complejidad, potente y renovada.

En Chile las cosas se muestran más claras que en otra parte en cuanto a este problema literario. Es innegable la existencia de un vasto y vigoroso movimiento poético a través de los últimos treinta años; varias generaciones han asimilado continuamente los escapes del individualismo internacional en decadencia con tanto acierto y exactitud que nuestra poesía se presenta hoy en América como una de las más avanzadas y auténticamente modernas, más cerca por lo tanto, de una posible forma definitiva del arte, patrimonio de una cultura del porvenir. Este auge de la poesía en Chile tiene indiscutiblemente origen en un hecho social. Ya lo ha dicho un crítico peruano en uno de sus libros. En el siglo XIX nuestra novela regionalista cantó a más y mejor, a voz en cuello, porque las circunstancias políticas se lo permi-